

Volver sobre España

Entre Vizcaínos de la Sierra y Jaramillo de la Fuente media poco más de una legua. El camino no es muy accidentado, a pesar del enclave serrano de ambos lugares. Los dos lados de la carretera están bordeados por un joven robleal en el que, durante el día, pastan los rebaños y ruman algunas vacas y, por la noche, hozan los jabalíes.

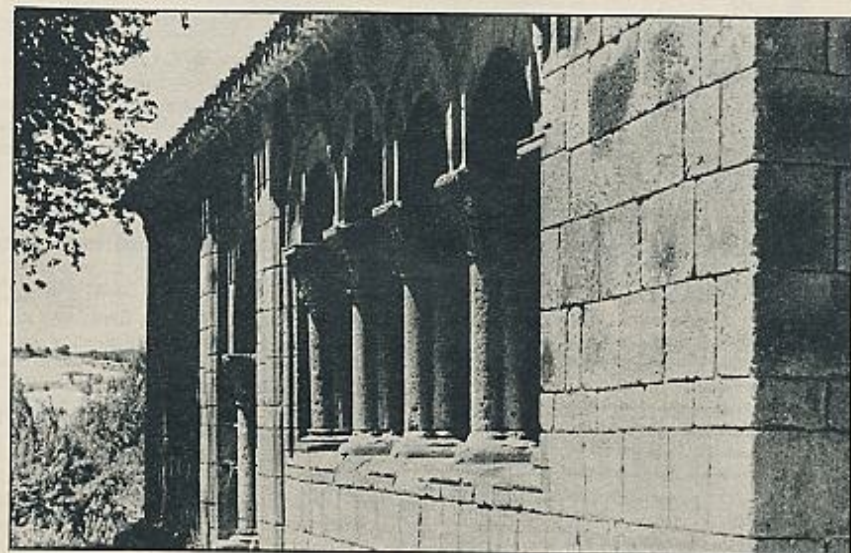
Pero a pesar del corto trayecto, cuando se va llegando a Jaramillo se comprende por muchas señales ambientales que, de una cierta manera, se ha cambiado de comarca. En Jaramillo todo está más seco y calcinado que en Vizcaínos. Y eso, a pesar de su nombre. O mejor dicho, ese nombre "de la Fuente" indica tal vez una singularidad que aquí vale la pena especificar y que en el otro pueblo quedaría fuera de lugar.

Jaramillo de la Fuente.

En efecto, entre Vizcaínos y Jaramillo hemos cambiado de comarca. En Jaramillo volvemos a entrar en el «alfoz de Lara». Se advierte, no tanto en la topografía cuanto en una cierta ambientación climática que lo identifica con aquella comarca en la que están enclavados, por ejemplo,

Lara de los Infantes, Mambriillas de Lara, Quintanilla de las Viñas, Jaramillo Quemado, Campolara y, a poco más de un tiro de honda de aquí mismo, San Millán de Lara. Porque estas tierras tuvieron también su San Millán, que no fue el de la Cogolla, pese a la relativa cercanía del cenobio riojano, y ahí, en la iglesia de San Millán, que conserva muchos retazos románicos, hay una cripta con ecos mozárabes y que fue asiento del anacoreta. Volvemos, pues, aquí, a los campos de Lara, y, en efecto, también desde aquí podemos divisar al fondo aquel muñón ciclópeo que, desde su lado opuesto, vemos desde Quintanilla, y que la gente del país identifica con los restos de la fortaleza de los Siete Infantes.

Con todo, el cambio no es tan definitivo que haya logrado destruir a una de las más fuertes características de esta región: esas grandes chimeneas troncocónicas que, vistas desde fuera, parecen cobijas a toda una habitación. Y la cobijan, ciertamente, cuando se las ve desde el interior de las casas. De tal manera es así, que el hogar queda en el centro de la habitación misma, y la familia se sitúa alrededor del fuego, mientras de las paredes de la falsa cúpula abierta, que constituyen la chi-



menea propiamente dicha, cuelgan las chacinas para recibir lentamente el beneficio del humo.

En Jaramillo de la Fuente hay que ver dos cosas: «el rollo» o «picota» de piedra, que está situado justamente al lado de la fuente tutelar, y la iglesia..., otra vez romá-

nica. Olvidémonos de lo primero. Esos lugares destinados a someter a la vergüenza pública, en el mejor de los casos, a un hombre, por muy delincuente que haya sido, por mucho que se adornen con las galas del arte, no pueden despertar ninguna simpatía.

La iglesia, sí, es románica. Está situada en las afueras del pueblo, lindando ya con vallados campesinos y con sembraduras. Tiene, a lo que parece, idénticas dimensiones que las de Vizcaínos, aun cuando se diría que está labrada con mucho mayor cuidado por los detalles. Dentro guarda uno de esos calvarios policromos, que casi son característicos de esta región, de la transición —yo creo— del románico al gótico. Fuera, además de su galería porticada, lo más característico es su ábside semicircular, finisimamente labrado.

La cercanía de Silos es algo que se hace notar en todo el románico de toda esta región. Es evidente la influencia de los maestros del claustro superior, en los que labraron también este pórtico, el cual, mucho más liberado de arcaísmos rurales que el de Vizcaínos, tiene, con el de la portada principal, siete arcos, que es el número simbólico.

Y alguna razón simbólica debe tener también ese olmo de copa gigante, de vigorosísimo tronco, que aquí, como en todas las iglesias arcaicas de la comarca, están enclavados precisamente junto a su puer-

ta. Yo pienso, sin fundarme en ningún dato fidedigno, que eso debe ser como una reminiscencia de tiempos más arcaicos, precristianos o druidicos, de genealogía más o menos céltica, en los que un cierto animismo referido a árboles, animales y fuentes tenía una razón de ser. De todas maneras, parece que el olmo tuvo también una significación arcanamente simbólica en los arcaicos tiempos cristianos; que su vigor venía a significar algo así como la dignidad de la vida, y la frondosidad del ramaje en su copa como los diversos caminos del mundo evangélico. Puede ser ambas cosas al mismo tiempo. Lo más probable es que sea la cristianización de una tendencia druidica fuertemente enraizada...

La galería-pórtico parece explicarse más fácilmente, dada la fácil explicación de su presunta funcionalidad. Estos son lugares fríos con inviernos muy rigurosos. La Misa dominical es el lugar natural del encuentro del vecindario, y su hora posterior la del diálogo sobre los problemas de la comunidad. Yo recuerdo, por ejemplo, que en tierras leonesas las comunicaciones municipales se hacían a la salida de Misa mayor. Aquí, esos pórticos tienen una funcionalidad que se explica por algo mucho más importante que por la comunicación municipal: por la comunicación humana. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

